

# Las veladoras y los ahogados

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar\*

Hay personas que tienen miedo meterse en las aguas, porque comienzan a escuchar ruidos. Primero sienten piedras y burbujas que se forman por el movimiento, luego los oleajes que los envuelven poco a poco. Para los pescadores y personas que viven y dependen de los afluentes como de los mares, son los anuncios de los ahogados, manifestándose en el inframundo donde perecieron.

Sin embargo, algunas civilizaciones de la antigüedad concedían especial importancia a quienes perdían la vida en las aguas. Por ejemplo, los mesoamericanos tenían un sitio y día especial para quienes perecían así. Y nosotros que habitamos la zona conurbada de Nuevo León, de una u otra forma los percibimos. Es más, todo el río de los ancestros, el Santa Catarina, está repleto de apariciones y voces de quienes perecieron en tantas crecidas. Quienes viven cerca de una presa, una laguna, un estanque o un torrente, tienen creencias de todo tipo respecto a la sacralidad de los mantos freáticos como de la profundidad de los mismos. Pobres de aquellos que son tragados y llevados a donde casi no llega la luz. Por eso, una de las tradiciones es la de hallar a las personas ahogadas en cualquier río, sin importar que este sea caudaloso o tenga corrientes en su interior muy peligrosas.

Tenemos ríos, arroyos y acuíferos, pero por lo regular no llevan agua debido a la temporada de sequía, tan común en nuestro territorio, excepto cuando las tormentas provocan sus crecidas. Los vecinos saben los recovecos y peligros que pueden aparecer. Por eso, además de aprender a nadar, se hacen de todo lo que les puede servir. Por lo regular, sabemos de personas que perdieron la vida cuando se ahogaron, en ríos como el Ramos, San Juan y Pilón. Los otros

arroyos como el Ayancual o parajes a donde acuden para mitigar el calor. Siempre nos advierten: no te metas a bañar después de comer o de tomar bebidas embriagantes. Pero algo sucede, aún y con su fortaleza, sus cualidades para nadar y moverse como pez “bajo el agua”, no es suficiente para la supervivencia.

Pero donde más requeridos y perdidos hay, son las presas, como la Boca, El Cuchillo, Cerro Prieto y Don Martín. Como la más cercana es la situada en el Valle del Huajuco, es donde precisamente ocurren más ese tipo de fatalidades. Cada vez que se pierde el cadáver y no lo encuentran, mandan traer a los rescatistas y buzos. Con equipo especial, comienzan a buscar el cuerpo requerido; de bulto en bulto, de trozos de basura, así como riscos y escombros y plantas acuáticas. Lamentablemente a veces se tardan más de lo esperado y en esos sucesos imprevistos como tristes, lo que importa es sacar al difunto o la finada para darle cristiana sepultura y posiblemente, como saben que “la esperanza muere al último”, anhelan encontrar vivo a quien se pretende sacar. Los buzos y nadadores no salen del agua y la angustia hace presa en los corazones de los ahí reunidos. Temen lo peor y necesitan poner su fe en medios que para nuestros tiempos, parecen ser ingenuos como improvisados o cosas simples de brujería. En tanto, los deudos sin resignación les gritan: “¿Dónde estás?”, “¡Tu cuerpo!, ¿dónde estarás?”.

Como último recurso, recurren a un procedimiento tan extraño, como supersticioso. Le dicen “la Vela de Cuerpo Ausente”. Se trata de una ceremonia sencilla como extraña: ponen la vela y un trozo de madera o plato en el espejo del agua. Para que tenga más efecto, algunos colocan un papel con el nombre de la persona, lo envuelven y ponen debajo de la vela. De pronto y sin que nadie lo espere, de manera insólita, comienzan a moverse, como barco inmerso en un inmenso mar, no arrastrados por las corrientes del agua ni por el viento. Es “algo”, una energía vital que guía a las candelas suspendidas en el agua. Todas las luces parecen trozos de estrellas que iluminan el espejo y comparten su luz en medio de la obscuridad.

\* Es un narrador y contador de historias. Fue maestro, locutor y hasta cantor en misas y celebraciones litúrgicas. Ahora se dedica a recuperar consejas, a rescatar historias que pasan inadvertidas para muchos y procura que las cosas antiguas no pasen al olvido.

Dicen que cuando una persona se cae o se sumerge, siente que algo lo jala y lo impide salir. En la lucha pierde la vida. La corriente lo mueve de lugar, luego la basura o la vegetación lo esconden. El espíritu de la persona no acepta su condición y la vida, como halo luminoso, llama a la luz que lo atraviesa por encima, comienza a dar vueltas y se apaga para indicar en donde está atrapado. Ahí está y de inmediato se meten para sacarlo. Para quienes saben, es el espíritu que guía a la vela sobre el agua y cuando la vela llega al lugar donde está sumergido quien perdió la vida.

Quienes realizan esos ritos, como saben que es un don, una cualidad; por lo mismo no quieren cobrar, excepto lo que les quieran dar. Les disgusta que aparezcan charlatanes y engreídos que se meten al agua, cobrando un anticipo de por medio. Otros conocen el procedimiento, pero no se animan a llevarlo a cabo, porque luego son llevados a declarar ante el ministerio público y les hacen muchas preguntas.

Esto que les cuento, pasó al amanecer del martes 7 de junio del 2005 en la presa de la Boca. Un adulto cayó de la lancha, en la cual se encontraba pescando. Inmediatamente mandaron traer a los de protección civil, quienes se dieron a la tarea de buscarlo sin éxito alguno. Entonces, uno de los rescatistas, de nombre Miguel Marroquín, usó la "Vela de Cuerpo Ausente". El plato avanzó sobre la superficie de la presa hasta llegar a un punto donde empezó a dar vueltas y se apagó la vela. Los buzos se sumergieron y a una profundidad de seis metros estaba ahí el ahogado enredado en unas plantas acuáticas.

Esta forma de buscar ahogados y requeridos, me llevó a conocer al poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), al dedicar un bello poema, acerca de un niño pescador de nombre Piolín, a quien conocían como el "Niño de los Gallos", quien salvó a dos niños antes de perecer. Todos se pusieron a buscar el cuerpecito. Al momento en que la vela se quedó quieta en un punto fijo, los gallos comenzaron a cantar y las gallinas picotearon desesperadas en donde hay charcos y humedad en el suelo. (La noche llena de gallos).

*Una isla picoteada  
por las gallinas  
un pedazo  
de estrella fue  
el país de Piolín  
el niño de los gallos.*

*A la vela llega  
Magdalena.  
Vela de cuerpo ausente  
–El remo del niño  
y cuatro candelas –*

*"Piolín: salvaste  
a la niña Rina  
salvaste a Teo  
mi hijo".*

*Tocan violines  
lloran  
alto.*

*Las abuelas  
y los pescadores  
buscan el cuerpecito.*

*Entonces  
canta el gallo  
de Piolín:  
–¿Dónde estará?  
–¿Dónde es-ta-rá?  
De isla  
En isla.*

*Los gallos preguntan  
Por el niño  
Y con preguntas  
Van haciendo  
El alba.*

Hasta Carlos Mejía Godoy, el poeta y cantor de la Revolución sandinista, se valió de la heroicidad de Piolín para dedicarle un canto con los versos.